

Discurso | Colación de Pregrado, Grado y Posgrado

Juan Pablo Abratte

Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades – UNC

09 de noviembre de 2018

¿Qué es una facultad? ¿Cómo comprender su densidad institucional, política y académica en el contexto de la universidad pública y en particular en la Universidad Nacional de Córdoba? ¿Qué rasgos nos constituyen como comunidad académica y política? ¿Cuál es nuestra proyección en tiempos en los que la universidad pública enfrenta los embates de proyectos neoliberales que pretenden reducirla a un conglomerado institucional de cuasi mercado, a una maquinaria expendedora de diplomas, a una organización de acreditación de saberes y experiencias de escasa relevancia intelectual, política y sociocultural? Cómo asignar sentido a una ceremonia como la que hoy protagonizamos –especialmente las egresadas y los egresados de Pregrado, Grado y Posgrado- para desacralizarla – particularmente en el año del centenario de la Reforma Universitaria- y a la vez desencajarla de formatos supuestamente modernizadores que se nos pretenden imponer mediante estrategias políticas, administrativas y mediáticas.

En algunos momentos –y este acto es uno de ellos- se torna indispensable reflexionar colectivamente sobre nuestra identidad institucional, porque algunos de sus rasgos constitutivos son los que se pretenden atacar desde políticas de reforma que se vienen sosteniendo de modo acelerado y a la vez silencioso.

¿Qué es una facultad? Es una pregunta que nos interpela desde diversos lugares, hoy particularmente a ustedes que han finalizado una trayectoria en los distintos niveles de formación que la institución ofrece a la comunidad.

En primer lugar y desde una visión tradicional –en el mejor sentido del término- una facultad se define a partir de un campo disciplinar determinado. Esa definición, que para algunas unidades académicas es casi transparente, en el caso de nuestra Facultad resulta insuficiente, compleja y en cierto modo opaca. Nadie dudaría en definir más o menos

claramente determinados campos profesionales. Pero cuando pensamos en nuestra Facultad las Humanidades constituyen un campo en el cual las fronteras se diluyen fácilmente, a la vez que cada una de las carreras que la componen han configurado espacios de formación e intervención profesional específicos: Antropología, Archivología, Bibliotecología, Ciencias de la Educación, Filosofía, Geografía, Historia y Letras son cada una de ellas un campo disciplinar, con perfiles profesionales y académicos más o menos delimitados, con modos singulares de pensar, de investigar, de construir saberes, y de intervenir profesionalmente, aunque cada vez que nos adentramos en una problemática requerimos también de otras disciplinas del campo de las Ciencias Sociales y Humanas que nos resultan imprescindibles y que exceden nuestra formación disciplinaria de base. En ese sentido, y más allá de la trayectoria institucional y académica de cada uno de estos campos, y de su institucionalización en el marco de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC –que como en todos los casos tiene una historia particular y se vincula a escenarios políticos, actores sociales concretos, núcleos intelectuales y procesos históricos siempre singulares- nos nuclea un campo muy amplio de preocupación por la humanidad en sus dimensiones filosóficas, históricas, políticas, culturales. Esas dimensiones se encuentran hoy atravesadas por al menos tres procesos que- aunque puedan parecer coyunturales- nos obligan a una reflexión profunda en la medida en que reconfiguran nuestros enfoques y perspectivas de formación.

En estos últimos meses, tres procesos convergentes nos interpelan como sujetos académicos y políticos, como universitarios, como ciudadanos universitarios y los tres han impactado fuertemente en la vida institucional de la facultad.

El debate en torno al Proyecto de Ley de Interrupción voluntaria del embarazo movilizó a una multitud de jóvenes, de militantes feministas, de militantes de organizaciones LGBTQ, de actoras y actores sociales y también a miembros de nuestra comunidad. El Museo de Antropología, como parte de nuestra institución fue sede de múltiples actividades en torno a esta problemática. Y también fue sede de ataques y persecuciones de sectores que no admiten que en un espacio público se pusieran en debate estos temas y se sentaran posiciones. Más allá de los resultados legislativos, la potencia del movimiento feminista y de los movimientos LGBTQ, su capacidad de movilización, de discusión, de lucha por la ampliación de derechos, por la igualdad de género, por la educación sexual integral, por la definición de políticas públicas en este campo nos llena de orgullo como comunidad universitaria. Sabemos y reconocemos las diferencias y somos respetuosos de ellas, no obstante nuestro compromiso intelectual y político implica promover el debate, participar en él y tomar posición. También como parte de este proceso hemos impulsado la creación del Programa de Género, sexualidades y educación sexual integral en el ámbito de la FFyH, como un espacio transversal que articula múltiples instancias institucionales

(Secretarías, Escuelas y Departamentos, CIFYH, Centro de Estudiantes, etc.) en torno a la problemática de género en sus diversas expresiones. Entendemos que estos procesos de institucionalización de la problemática de género nos fortalecen académica y políticamente a la vez que constituyen también un rasgo identitario –en la medida en que se asientan en una larga trayectoria de investigación, producción intelectual, debates y construcción colectiva de conocimientos que tuvo en esta facultad un espacio privilegiado.

Una segunda cuestión que nos movilizó como comunidad universitaria fue la defensa de la universidad pública en el marco del conflicto salarial y presupuestario que atravesamos. A través de distintas acciones que llevamos adelante como claustros –con la autonomía que cada uno de ellos tiene en la vida política e institucional- pero también como comunidad (tanto en el plano gremial como desde la gestión de la facultad y de las escuelas y departamentos) sostuvimos distintas instancias de lucha en defensa de la universidad pública. También aquí hubo posicionamientos diversos, pero más allá de las posiciones de los distintos actores institucionales, sostuvimos espacios de reflexión, expresión del conflicto, movilización y acción para defender la educación pública frente a una avanzada política y mediática que pretendía y todavía hoy pretende desacreditar el trabajo docente, cuestionar la participación gremial y política y legitimar el ajuste como un modo de erosionar la alta valoración social de la universidad. Estos procesos, que seguramente se profundizarán en los próximos tiempos, interpelan a la comunidad universitaria en su conjunto, pero en nuestra Facultad –por su pertenencia disciplinar, por sus funciones en la formación docente, por sus temáticas de investigación y producción de conocimientos, asumen un lugar destacado en nuestra agenda académica e institucional. Tenemos frente a estos conflictos un plus adicional que trasciende a otros campos disciplinarios, una sensibilidad y un conocimiento específico que tiene que trascender las fronteras de la institución y expandirse en otros espacios tanto de la universidad como del sistema educativo en su conjunto.

El tercer proceso que nos interpela profundamente es la restauración neoconservadora y neoliberal en el país y en la región. Como facultad de Filosofía y Humanidades no podemos dejar de interrogarnos acerca de la emergencia de estos proyectos profundamente regresivos, preguntarnos cuáles son sus condiciones de posibilidad en términos históricos, filosóficos, antropológicos, pedagógicos. Que dimensiones humanas se ven amenazadas frente a discursos misóginos, homofóbicos, xenófobos, y cómo pensar y proponer formas de resistencia cultural y política. Somos miembros de una comunidad que trabaja con el lenguaje, que produce e intercambia ideas, que interroga las diversas formas de dominación, que propone desde hace años ya a los derechos humanos como un eje transversal de la formación académica y de las prácticas institucionales y políticas. Si el paso por nuestra institución no ha logrado –más allá de las diferencias ideológicas y

políticas- construir un piso común de defensa de los derechos humanos, de las libertades y garantías individuales y sociales, de las formas de organización democrática, propias del estado de derecho, de poco ha servido transitar un trayecto de formación universitaria. Porque también cuando nos preguntamos que es una facultad –en el campo de las universidades públicas- no podemos dejar de pensarlas como un espacio político, de autogobierno en distintos planos institucionales –en nuestro caso en los espacios de la gestión decanal, del HCD, de las escuelas y departamentos, de los modos de participación de los diversos claustros, de sus formas de representación colectiva. Son también y principalmente esos espacios los que nos constituyen como comunidad.

Paradójicamente nos enfrentamos a un proceso de debilitamiento académico, institucional y político de las facultades que a partir de una reforma política que desdibujó nuestro lugar en la representación electoral y de una reforma académica fuertemente centralizada, que desdibuja los campos disciplinares y los proyectos formativos, se nos pretende reducir a una unidad administrativa y de gestión de conflictos –cada vez más crecientes por otra parte- Pero frente a este escenario, la Facultad de Filosofía y Humanidades sigue siendo un espacio institucional y académico de gran potencialidad para la formación. Ustedes, los y las egresados y egresadas pueden valorarlo y de hecho lo valoran a partir de su experiencia universitaria.

Esta facultad sigue siendo un espacio de hospitalidad para el debate, la discusión pública, la formación crítica, la participación social y comunitaria, la producción de cultura, la celebración y la movilización. Sin que ello le quite relevancia a la formación académica, la investigación y la intervención profesional. Esta facultad sigue siendo un espacio potente para transitar la experiencia universitaria en sus múltiples dimensiones, con la riqueza – algunas veces caótica o contradictoria- que esas dimensiones expresan.

La Facultad de Filosofía y Humanidades sigue siendo un buen lugar para formularse buenas preguntas y protagonizar la experiencia de encontrarles respuestas colectivas. Quizás en esa capacidad de interrogarnos se encuentre el núcleo duro de nuestra identidad académica, institucional y política. Quizás sean las preguntas -por su carácter inacabado- lo que nos constituya más acabadamente.

Para finalizar, permítanme una última reflexión personal: como docente de la Escuela de Ciencias de la Educación, no puedo dejar de recordar a Fernanda Tenllado, que hoy recibiría su diploma de licenciada. Fernanda es una excelente imagen de lo que representa una trayectoria formativa comprometida, no solo en los tramos académicos del cursado de la Carrera, sino en espacios institucionales y comunitarios en los que desarrolló temprana y apasionadamente su experiencia universitaria. Fernanda hoy, si estuviera entre nosotros debería recibir un diploma igual al de cada egresada o egresado de esta

universidad, de esta facultad, de nuestra escuela de ciencias de la educación. El límite del acto administrativo, de la certificación, de las firmas y los sellos que legitiman la formación universitaria encuentra en la memoria de Fernanda su más profunda expresión, pero también la potencia de una experiencia irreductible a formatos institucionales y burocráticos y profundamente significativa para la comunidad de la escuela y de la facultad. Cualquier diploma le queda chico a esa experiencia que –como todas– tiene una dimensión que la trasciende y esa dimensión es necesariamente humana, espiritual y colectiva. Si permitimos que la universidad sea sólo una máquina productora de diplomas, certificaciones, acreditaciones y reconocimientos quedarán pocos espacios para otras tantas Fernandas y perderemos como comunidad mucho más de lo que supuestamente ganaríamos como organización.